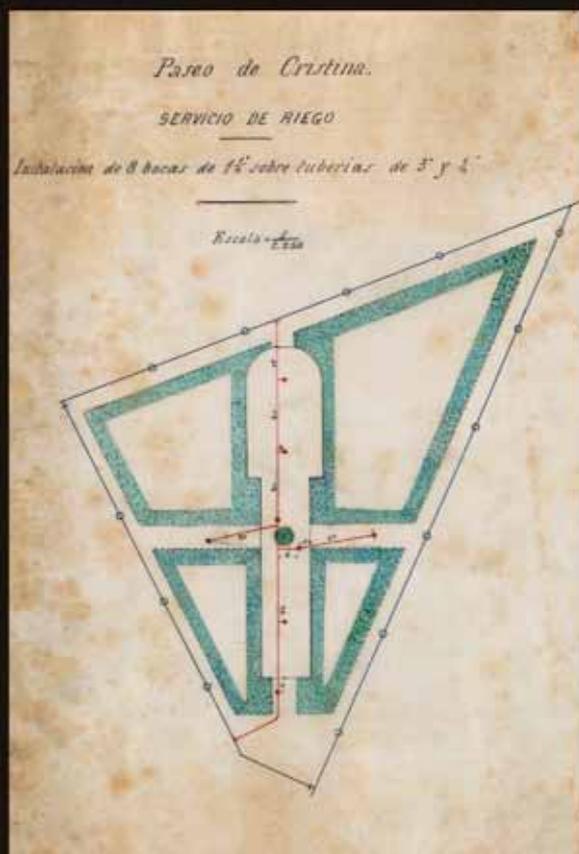


# V Certamen Literario del Agua



CUENTO INFANTIL  
Y RELATO CORTO





V Certamen Literario  
de EMASESA

Cuentos infantiles  
y relatos cortos



# V Certamen Literario de EMASESA



## Cuentos infantiles y relatos cortos

Amalia Cía Abascal  
Nieves Pulido  
Elena Marqués  
Juncal Baeza



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como su distribución.

© de los textos: sus autores, 2013  
© EMASESA METROPOLITANA, 2013

Depósito legal: SE 138-2014  
ISBN: 978-84-942807-3-3  
Diseño gráfico y producción: Ignacio Ysasi

Agradecimiento a los fotógrafos  
Raquel Vázquez y Marcelo César Augusto

Ilustración de portada:  
CRISTINA, Paseo de (Sevilla Ciudad) Redes de riego.  
Paseo de Cristina: Servicio de Riego: instalación de 8 bocas sobre tuberías  
Abastecimiento de Aguas de Sevilla. Escala 1:1250. Sevilla. [1887]  
1 plano: manuscrito, color,  
papel entelado; 31x 22,8 cm.  
Archivo de EMASESA.  
Colección de planos.

## Organiza



Centro de Documentación del Agua de EMASESA





Un maestro de Kung Fu decía que hay que ser agua. Seguramente tenía razón. Deberíamos fluir en lugar de estancarnos, adaptarnos a cualquier circunstancia y ser transparentes, limpiar los lugares por los que pasamos y no dejar ningún olor. Cuando nos damos cuenta de todas las capacidades del agua, reconocemos que ese líquido esencial está hecho de gotas de magia que fluye cada vez que abrimos un grifo. Es algo maravilloso.

Al mismo tiempo, no tan lejos de nosotros, ocurre algo terrible: no hay grifo y tampoco hay agua. Dos mil quinientos millones de personas no disponen de servicios de saneamiento, casi 800 millones no tienen acceso seguro a fuentes de agua potable y dos mil niños mueren al día por enfermedades asociadas a estas dos carencias.

En nuestro país estamos tan acostumbrados a que fluya el agua con un sólo movimiento de la mano, que a veces la valoramos poco. Por eso este concurso es internacional, lo que nos permite conocer otras realidades y aprend-

der que los verdaderos niveles alarmantes de pobreza no están en la carencia de bienes de consumo prescindibles (móviles, TV, coche...) sino que, más allá, hay un límite que muchas personas no superan y les impide el acceso a un elemento tan básico como el agua.

Todas las ciudades tienen en común y en sus orígenes, su relación estrecha con el acceso al agua. Sevilla, donde EMASESA tiene su sede, fue fundada en una isla. Su historia siempre ha estado relacionada con el agua. Aquí algunas veces ha faltado el agua y otras ha sobrado, pero el cambio en la gestión de este elemento ha transformado la ciudad y a los ciudadanos.

No hace tanto tiempo que las máquinas del mundo se movían con agua, como los molinos o los trenes a vapor. No hace tanto tiempo que los aguadores recorrían las ciudades vendiendo el bien más esencial. No hace tanto tiempo que nuestra ciudad era anegada por el río. Hoy tenemos inmensos tanques de tormentas, embalses y hasta grifos en nuestras casas. El agua es la verdadera medida de la evolución humana.

Estos textos reflejan esa evolución técnica y social, porque la historia del agua es la historia de las sociedades.

Elena Marqués Núñez nos regala “El dolor de la luna”, un relato que discurre en una Galicia misteriosa, una tierra salpicada de agua y de leyendas.

Juncal Baeza Monedero dibuja con palabras nítidas imágenes que recoge en su relato “El agua del mar también es agua”.

“Sólo cuatro gotas de agua”, de Amaia Cia Abascal, nos demuestra con una cadena de casualidades que cuatro gotas pueden ser muchas.

“El viaje multicolor de Tomasso Benvenuto”, de Nieves Pulido, es la historia alternativa del surgimiento de Venecia.

Lo único en común de todos estos textos es el agua. El agua nos une a todos, en este caso, a través de un río de letras que nos obliga a bucear en un problema vital.

Jesús Maza Burgos

Consejero Delegado de EMASESA



# Solo cuatro gotas de agua

Amalia Cía Abascal



Primer premio cuento infantil





Doña Aurorita miró al cielo con la mano extendida y dijo:

—¡Qué fastidio! Ahora se pone a llover —. Era miércoles y como todos los miércoles acababa de salir de la peluquería con el pelo recién moldeado. Doña Aurorita no estaba dispuesta a que la lluvia le estropeará el peinado. Se metió en el portal y esperó a que llegara el taxi que acababa de pedir.

El vecino del tercero izquierda, que en ese momento salía con un paraguas colgado del brazo y gabardina, le contestó:

—Son solo cuatro gotas. Cuatro gotitas de nada.

Y lo dijo con cierto tono de desprecio, como si cuatro gotas de agua fueran cualquier cosa.

Las gotas de agua, que además de incoloras, inodoras e insípidas son muy poco rencorosas, no hicieron



caso al comentario: cayeron alegremente sobre el cristal de la puerta, justo al lado de un caracol que subía dibujando un surco húmedo y zigzagueante.

El caracol se puso muy contento (le encantaba salir a comer hierba jugosa después de haber llovido) y para demostrarlo extendió y encogió varias veces sus cuernecillos curiosos.

Los cuernecillos curiosos llamaron la atención del gato de la portera que, como nunca había visto un caracol, bufó asustado, se encorvó y erizó todos los pelos de la espalda. No es que el gato de la portera fuera muy asustadizo, es que hay que ponerse en su lugar: ver por primera vez un individuo viscoso que va dejando un reguero de moco y lleva una joroba a cuestras, intimida bastante.

El bufido llamó la atención de un perro pequinés que paseaba con una chica rubia. Tenía un abrigo rojo y muy malas pulgas (el pequinés, no la chica rubia). El perrito se abalanzó hacia el portal pero cayó de morros a dos milímetro de los bigotes del gato: la correa con la que le sujetaba la chica rubia era demasiado corta. Ladró dos veces, levantó la pata e hizo un pis en la esquina (el pequinés, no la chica rubia). Ella se enfadó mucho y le riñó:

—Si sigues portándote así te voy a castigar sin ver la televisión—. Al perrito lo que más le gustaba en el mundo era sentarse junto a su dueña en el sofá. Todas las noches elegía una buena película y cocinaba palomitas de maíz para los dos (la chica rubia, no el pequinés).

Al ver la acera sucia, el barrendero que la limpiaba refunfuñó y sacó una manguera de su carrito de la

limpieza. Después de dejar la pared de la esquina como los chorros del oro, aprovechó para regar un poco unas florecillas silvestres que crecían entre dos baldosas.

Las florecillas silvestres brillaron con un lila más lila, porque el agua les animaba mucho. Extendieron los pétalos y enderezaron los tallos.

El lila se puso tan lila que un chico con gafas que salía de trabajar se fijó en ellas y con mucho cuidado las cogió e hizo un ramillete. Luego lo colocó en un bote de refresco de limón con burbujas (que afortunadamente para las florecillas estaba vacío) y lo rellenó con agua fresca en una fuente.

El chico con gafas se miró en un escaparate y se peinó de cuatro formas distintas antes de entrar en el restaurante donde solía comer de menú.

En el restaurante donde solía comer de menú, la camarera se ruborizó cuando el chico con gafas le regaló las florecillas silvestres con maceta de refresco de limón (eso fue justo después de que la invitara a dar un paseo por la orilla del río). La camarera se puso tan nerviosa que preparó mal todos los pedidos. En lugar de huevos fritos con tocino, se equivocó y sirvió huevos pasados por agua. En vez de tarta al whisky, volvió a equivocarse y repartió jugosos trozos de sandía (pero después de tanto equivocarse, aquella noche acertó dando un paseo inolvidable junto al río).

Un señor gordísimo que ocupaba la mesa tres, se enfadó tanto con el error de la camarera que pidió el libro de reclamaciones. Él quería tarta al whisky con nata

montada, no dos rodajas de sandía, por muy dulce y fresca que estuviera. Porque había que reconocerlo, la sandía estaba más dulce que un beso de buenas noches y más fresca que una sardinilla en lata recién sacada de la nevera. Pero eso no era razón suficiente para que él se quedara sin su postre.

—Yo he pedido tarta al whisky y todavía no ha nacido quién me prohíba comer tarta al whisky —gritó el señor gordo, con las mejillas de un rojo intenso, a juego con la sandía.

Si no le dio un patatús, fue porque el cocinero le ofreció un vaso de agua y avisó rápidamente a una ambulancia (y a los bomberos, pero eso lo explicaremos más adelante).

En el hospital, varios médicos muy serios lo examinaron y uno de ellos, con bata blanca y un fonendoscopio colgado del cuello leyó el diagnóstico:

—Su corazón está enfermo. Una cucharadita más de comida con grasa y habría hecho ¡plof!

—¿Plof? —preguntó el señor gordo, con los ojos muy abiertos—.

—Plof —corroboró el médico—. Le prohíbo comer tarta al whisky.

Volvamos al cocinero: se había dejado olvidada al fuego una sartén con calamares a la romana. En poco rato se formó tal humareda, que hubo que llamar a los bomberos.

—La próxima vez escoja cocer en lugar de freír —le recomendó el jefe de bomberos, cuando el fuego estuvo

controlado—, el agua es menos peligrosa que el aceite.

—Y más barata —añadió otro que acarreaba una manguera—.

—Y no mancha —dijo un tercero con uniforme y casco—.

—Y es más sana —dijeron a coro todos los demás.

—Por eso no hay que malgastarla —dijo el jefe de bomberos. Y añadió, señalando a la fregadera: —Este grifo no cierra bien.

El cocinero, que había optado por poner agua a calentar para cocer unos macarrones, contestó:

—Son solo cuatro gotas. Cuatro gotitas de nada.

Y vuelta a empezar. Las gotas de agua que salían del grifo, sin hacer caso del comentario (recordemos que además de incoloras, inodoras e insípidas no son rencorosas) cayeron sobre el cogote de una mosca que volaba rumbo a las mermeladas. El rumbo de la mosca se vio alterado y la mosca salió a la calle, chocándose con una señora muy elegante.

La señora elegante era Doña Aurorita, que en ese momento salía del portal porque había visto llegar el taxi que había solicitado. Doña Aurorita volvió a mirar al cielo: como era miércoles acababa de ir a la peluquería y llevaba el pelo recién moldeado. Además de lavárselo con agua bien fría para darle brillo, le habían puesto tanta laca que la mosca se quedó pegada sin que Doña Aurorita se diera cuenta (hasta ahí la triste historia de la mosca).

—¡Qué fastidio! —protestó Doña Aurorita—. No estoy dispuesta a que la lluvia me estropee el peinado.



Doña Aurorita retrocedió para subir a su casa a coger un paraguas en el preciso instante en que una bandada de palomas pasaba en vuelo rasante dejando un reguero de cacas sobre la acera. La lluvia acababa de salvar el peinado de Doña Aurorita.

De no haber sido por aquellas cuatro gotas de agua, el caracol no habría salido de su concha, las lilas se habrían quedado mustias, el chico de gafas no habría declarado su amor a la camarera, la camarera no habría

paseado junto al río, nadie habría comido huevos pasados por agua ni sandía (con lo dulce y fresquita que es), el corazón del señor gordo habría hecho plof y Doña Aurorita habría echado a perder su peinado.

Solo cuatro gotas de agua consiguen que la hierba crezca más jugosa y las florecillas más vivas. Y que las calles estén más limpias y los caracoles de mejor humor.

Cuesta creer que solo cuatro gotas de agua sean capaces de tanto.







El viaje multicolor  
de Tomasso Benvenuto

Nieves Pulido



Segundo premio cuento infantil





Tommaso Benvenuto era un gigante, glotón y poeta, que vivía en Sicilia. Tenía bigote y una tripa redonda y enorme. También tenía un sombrero azul y llevaba un ramo de claveles en el ojal de su chaqueta. Como era tan grande, cuando se desperezaba por las mañanas los pájaros de toda la isla huían en desbandada y se armaba tal alboroto que hasta el último siciliano sabía que el poeta acababa de despertarse. Pasaba lo mismo cuando el gigante se sentaba en el valle, que era como un gran sofá verde y mullido, a recitar sus poemas. Su voz era tan fuerte que llegaba hasta el último rincón de Sicilia. Si se levantaba para ir al río a beber agua o a lavarse las manos antes de comer, debía poner mucho cuidado al caminar para no pisar los árboles ni tirar alguna iglesia abajo. Más de una vez, con la cabeza en otra parte, ¡bam!, se caía de culo encima de un pueblo y lo dejaba



hecho trizas. A pesar de todos los inconvenientes que causaba, Tommaso Benvenuto era bien querido en Sicilia. Decían que tenía un corazón grande y torpe como un elefante.

Por las noches, cuando ya la isla dormía, Tommaso Benvenuto charlaba con la luna. En realidad solo hablaba él, pero a Tommaso eso no le importaba demasiado. Nadie como la luna sabe escuchar y comprender las inquietudes de los poetas. Porque Tommaso Benvenuto era poeta de los pies a la cabeza, tan romántico como el que más. Como todos los poetas quería resolver los misterios de la vida y soñaba sin parar con el infinito.

Tommaso Benvenuto vivía en Sicilia a sus anchas. Sin embargo, nadie sabe cómo ni por qué, un día se le metió en la cabeza la idea de que la isla se le había quedado pequeña. Todo le aburría: los pájaros, las flores, el viento. Todas las cosas que le habían alegrado la vida le resultaban insignificantes.

—Oh, Lunita —se lamentaba el poeta—, cómo puede ser que yo que soy tan grande me sienta tan... pequeño.

La luna brillaba enigmáticamente pero no decía ni mu. Hasta el silencio de la luna empezó a cansarle. Así que, una mañana, Tommaso Benvenuto se puso su sombrero y sin pensárselo dos veces se encaminó a la costa. Quería viajar, recorrer el mundo.

Cruzó el estrecho de Messina a nado. Como era enorme, en dos o tres brazadas alcanzó la orilla de Calabria y se sentó en la playa a secarse al sol. La llegada del gigante causó un gran revuelo. Multitud de curiosos

se amontonaron a su alrededor. Nunca habían visto algo igual. Allí, tumbado en la playa como un barco pirata, el gigante recitaba poesía:

*No hay día sin noche,  
no hay mar sin canción,  
canta la caracola multicolor.*

A Tommaso Benvenuto le encantaba la palabra multicolor. Era su palabra favorita y sus poemas siempre hablaban de cosas multicolores: las nubes, las montañas, las lagartijas. El mundo era multicolor para Tommaso Benvenuto. Incluso las vacas, blancas con manchas negras para todos, eran para él multicolores.

Una vez seco, Tommaso Benvenuto se dispuso a seguir camino. Pero al levantarse, mil tigres furiosos rugieron dentro de su tripa. Era como si Edna, el volcán, hubiese entrado en erupción. Tenía un hambre espantosa. Aún no había desayunado. ¿Qué podría comer? Una señora que se llamaba Allegra, y que era ciertamente una mujer muy alegre, le dijo que ella le prepararía una sopa riquísima.

—Um —a Tommaso se le hizo la boca agua—, me encantará probarla.

Allegra tardó mucho tiempo en preparar la sopa. Aunque Tommaso se impacientó un poco, porque tenía muchísima hambre, era una persona comprensiva y sabía que no era lo mismo dar de comer a alguien normal que a un gigante. Así que mientras esperaba se

entretuvo fantaseando con el día de su regreso a Sicilia, cuando hubiese dado la vuelta al mundo —algo que, calculaba el poeta, no le llevaría demasiado tiempo— y se pusiese a recitar maravillosos poemas sobre países multicolores.

Por fin llegó la sopa. Tommaso Benvenuto nunca había probado una sopa más deliciosa. Llevaba apio, puerro, patatas, calabacín, zanahorias, tomate... Era una fabulosa sopa multicolor.

—Muchas gracias, muchas gracias, —le dijo el poeta a Allegra.

Allegra se alegró muchísimo de que se lo acabase todo y Tommaso Benvenuto estaba tan contento que se fue cantando:

*La sopa de Allegra  
es multicolor.  
Está deliciosa  
y alegra el corazón.  
¿A quién le importa  
que no tenga coliflor?*

La voz se corrió rápidamente. Los italianos, como se sabe, son personas amables y generosas que comparten todo lo que tienen. En cuanto escuchaban la canción del poeta salían a darle la bienvenida con docenas de ollas llenas de sopa recién hecha. Ni que decir tiene que Tommaso Benvenuto estaba encantado con el recibimiento. Se bebía la sopa de un trago y luego seguía su viaje, con

cuidado de dónde ponía los pies para no pisar alguna vaca por el camino.

Tommaso Benvenuto tomó sopa de tomate en Cosenza, de calabaza en Salerno, de cebolla en Nápoles, de espinacas en Roma, de espárragos en Florencia, de zanahoria en Ferrara. Ya cerca de Verona —preguntándose qué rica sopa lo esperaría— se sintió de repente muy inquieto. Una inquietud que no era la sed de aventuras que le había empujado a dejar Sicilia, sino más bien todo lo contrario. ¡Se estaba haciendo pis!

—¡Ay, que me meo! ¡Ay, que me meo! —decía el gigante dando saltos.

Había tomado demasiada sopa y se había olvidado de hacer pis. Ay. Ay. Tommaso Benvenuto echó a correr. La tierra retumbó con sus pisadas. Mientras corría, gritaba: ¿Dónde queda el mar? ¿Dónde queda el mar? Todos en Verona se apartaban y le señalaban, moviendo mucho los brazos, el camino a Venecia.

Cuando el poeta divisó a lo lejos el mar ya no aguantó más y se puso a hacer pis. Estuvo haciendo pis durante casi siete horas. ¡Qué alivio cuando al fin paró! Solo entonces miró a su alrededor. ¿Qué había sucedido? ¡Por todos los infinitos multicolores! Con tanta sopa había inundado Venecia. Los venecianos se habían tenido que subir a los tejados de sus casas. Las gallinas y los burros también estaban sobre los tejados. Las camas y las sillas flotaban a la deriva. Qué pena sintió el gigante cuando vio aquel triste espectáculo. Oh, cuánto lo sentía.



—No era mi intención —dijo—, cómo lo lamento...

Y se echó a llorar. Lloraba tanto que parecía que el cielo se estaba desplomando. Los pobres venecianos desde los tejados y balcones le rogaron que no llorase más porque eso solo empeoraría las cosas. Tommaso Benvenuto dejó de llorar. Lo mejor sería poner manos a la obra. Dejaría Venecia como nueva. Puso las gallinas, los burros y los colchones a secar sobre un monte. Colocó las casas en alto, sobre los árboles que había tirado en

su carrera hacia el mar. También hizo canales para que el agua pudiera correr y trajo las barcas del puerto para que los venecianos pudieran ir a la panadería, al teatro o de paseo.

Cuando todo estuvo arreglado, Tommaso Benvenuto echó un vistazo y pensó que no había quedado tan mal. Era hora de continuar viaje. Haría noche en Los Alpes y luego se marcharía a Rusia. Había oído que allí hacen una sopa muy rica de repollo, que se moría de ganas por probar. Los venecianos a partir de entonces tuvieron que ir a todas partes en barca, pero se acostumbraron pronto y no le guardaron ningún rencor a Tommaso Benvenuto. Después de todo fue gracias al gigante que Venecia se hizo mundialmente famosa. Son cientos los poetas que cada día, desde todos los rincones del planeta, vienen a contemplar sus aguas multicolores porque se dice que inspiran los más bellos poemas sobre el infinito.







# Al dolor de la Luna

Elena Marqués



Primer premio de relato corto





Cuando Flora Rigueiro rompió aguas, aún Jesucristo estaba siendo despojado de sus vestiduras en aquel solemne viacrucis de Viernes Santo. Enseguida que sintió la tibieza en sus ropajes y la agitación de sus entrañas, echó mano al vientre, y luego miró el reloj de La Concepción, que jamás atrasaba y ni siquiera había dejado de funcionar durante la guerra, a pesar de que Rogelio Quintanilla, en un arrebato de furia, le disparó varias veces al conocer los avatares de la campaña del Cantábrico. La mujer tomó del brazo al marido, lo arrastró discretamente bajo el pórtico y le dio la noticia. Empezaba a llover.

—Vaya día fatídico —suspiró el hombre. Pues nunca pensó que su primogénito pidiera llegar en momento tan inoportuno ni que después de un día de sol se desatara la tormenta.

Florita Rigueiro se arrastró como pudo hasta su casa, manteniéndose erguida por el orgullo y las contracciones, vadeando los caminos lodosos de la parroquia y saludando a feligreses y devotos que acompañaban el cortejo más por supersticiosa costumbre que por verdadero fervor.

—Avisa a la matrona —aconsejó desde el jergón.

Amancio Bárcena volvió a suspirar y salió. Fuera empezaba a anochecer y la sombra de los tilos dibujaba fantasmagóricas siluetas en los muros de Santo Domingo. El hombre dio un gruñido y se santiguó al recuerdo de la Santa Compañía, con la que ya se había topado en las últimas inundaciones del puente viejo.

—¡Date prisa! —gritó entre estertores la parturienta—. Quizás aún haya tiempo de retrasar la desgracia.

Amancio Bárcena guardaba tantas supersticiones en su pequeño cerebro de alcornoque que no le podía caber ninguna más. De eso se valió su joven esposa para cazarlo. Si el ganadero de hubiera parado a calcular las semanas y los ciclos lunares; si hubiera atendido a los cuchicheos de su suegra y a los refajos que hubo de desenvolver el día de su boda para accederle a la novia a la entropierna, se hubiera percatado de que allí, aparte de algunas arrobos de más y un obstáculo de menos, había gato encerrado. Pero a quién iba a desgranarle sus sospechas de que la criatura que cuajaba en el vientre de Flora Rigueiro no era digna de llevar su apellido.

Amancio Bárcena era vaquero por vocación e inocente y contentadizo por pura filosofía, o más bien por



falta de ella. Desde pequeño mostró su afán por no molestarse en trabajos inútiles ni en cuestiones que precisaran mucho tiempo. Tenía su buen rebaño de rubias, una casa con sequeiro y bodega y un campo de forraje; el suegro le recompuso el colmo del hórreo con centeno y le entregó de dote cien cepas de albariño. Que su heredero fuera Bárcena, Ramírez o Castro, poco le había de importar.

El hombre llamó a la puerta de Rosario Méndez.

—Qué se le ofrece.

—Mi esposa está de parto.

Después de recorrerlo de arriba abajo con una mezcla de desprecio y compasión, la mujer recogió algunas cosas, las colocó en una bolsa y cerró la puerta con varias vueltas de llave.

—Nunca se sabe —se justificó.

Por el camino apenas intercambiaron dos palabras, lo suficiente para conocer las intenciones del neófito, sus sospechas de que la niña les saliera meiga lobismuller por venir a nacer precisamente en la noche señalada de la muerte de Cristo.

—Eso son pamplinas —le dijo para tranquilizarlo, aunque también ella estaba convencida de los poderes mágicos de algunos árboles y del nefasto influjo de la luna sobre el agua y las mujeres.

Cuando llegaron a la casa los recibió una algarada de aullidos y el inconfundible olor de la masacre. Flora tenía colocado un pingo ensangrentado en su seno, el camisón manchado y el cordón umbilical aún uniendo las dos vidas en una misma aureola de desgracia. Daban las diez y cuarto.

La matrona, de un salto, anudó el cordón y lo cortó, le curó al medio feto aquella tripa purulenta y le fajó el vientre hinchado del inevitable sofoco de haber nacido, y luego se dispuso a atender a la mal parida, que se quejaba ora de frío, ora de no haber aguantado a aquella niña un poco más entre las piernas para evitar comentarios y maleficios.

\* \* \*

Los años pasaron, las lluvias barrieron las cepas de albariño y Amancio Bárcena demostró su poca habilidad en el cultivo y en las mujeres. Flora Rigueiro, tras

comprobar los escasos dones de su esposo y el tiempo que perdía entre planchar, recoser, trapear y sacudir, se sumió en una mudez pavorosa y empezó a confundirse con el entorno y a verdearle el rostro hasta el punto de casi desaparecer. No había nacido para esposa de pobre, se decía. Además, no mostraba interés ni paciencia en cuestiones de educación, y, en cuanto el maestro le dio quejas de la falta de atención de la niña, del estilo desmañado de sus redacciones y su poca aplicación en los asuntos científicos, Flora decidió que lo mejor era que la niña dejara de estudiar.

Florita Bárcena tenía unos ojos negros con que hipnotizaba a las vacas de su padre, y unas manos tan suaves y hábiles que arreglaba los destrozos de las viñas cuando ocurría alguna calamidad. Se pasaba las horas paseando por el bosque, como una salvaje, donde era capaz de orientarse en plena oscuridad. La inocente criatura, sin embargo, no mostraba signo alguno de hechicería. Más bien era un remanso de paz y estupidez.

\* \* \*

Pero con el tiempo la niña se convirtió en una mujercita tan hermosa que los gañanes la rondaban día y noche, y su padre, temeroso de que las inclinaciones maternas fueran hereditarias, la vigilaba muy de cerca. Sin embargo, Florita no manifestaba más interés que perderse entre los castaños y los tojos, jugar con los zorros y las garduñas y garrapatear en un cuaderno que



guardaba celosamente en un bolsón de cuero que encontró en la bodega.

Una tarde la joven se demoró en el bosque más de la cuenta. Precisamente Amancio andaba en negocios con un vinatero del río Umia que trataba de convencerlo de que aquellas cepas que languidecían en sus campos, alejadas de su río de origen, no habían de crecer con salud, ni conseguir el grado exacto de acidez, ni madurar su aroma de albaricoque en el dulzor de las barricas de roble. Amancio no pensaba en sus uvas entonces, sino en su hija sacada de aquellos campos, trasladada a Santiago para enderezarla, para alejarla de aquel entorno fantasmagórico que de seguro la había de arruinar.

Cuando por fin el comerciante salió por la puerta, Amancio Bárcena preguntó:

—¿Dónde está Florita?

Y la sombra de Flora Rigueiro se encogió de hombros y señaló al camino a la espesura.

La búsqueda de Amancio fue infructuosa. El ulular de lechuzas y milanos lo acompañaron entre los brezos y el orbaillo, y, cuando ya la daba por perdida, encontró el bolsón de cuero y una chaqueta azul adornada con hojas de melojo.

—Florita, hija. Dónde estás.

Pero solo le respondió el silencio.

Con las prendas en la mano recorrió un nuevo trecho hasta llegar al río. A la luz de la luna llena podía distinguir el fulgor de la espuma, la terrible fosforescencia

de las algas, la cruel dureza del granito, el brillo imaginario de los diablillos y ninfas en el fondo del cauce.

Cansado se sentó junto al Eume y se echó a llorar, y de repente lo asaltaron algunos recuerdos sobre leyendas y mitos que siempre había preferido mantener en el olvido.

Amancio nunca había seguido las locuras de la esposa, nunca creyó que la hija fuera bruja por cuestión de nacimiento ni por influjos de la luna. Sin embargo, mantenía como confirmado por demostración científica que el río que ahora contemplaba necesitaba un hombre en sacrificio cada año, según le habían concedido los viejos dioses celtas al sentirlo traicionado en su descenso al mar. Y eso lo tenía Amancio Bárcena tan claro como que hay Dios y hay infierno.

El hombre se secó las lágrimas y abrió el bolso de Florita. A estas alturas, no había razón para mantenerle sus secretos.

Entonces, bajo la lluvia acuciante, extrajo con cuidado el cuaderno secreto, y, al abrirlo, descubrió entre las páginas todo un regalo de poemas y cuentos en que describía Galicia entera, desde las aguas esmeralda de Ortigueira hasta el manso sonido de Las Burgas de Orense; desde las altas campanas del Obradoiro al dulce y neblinoso toque de Caaveiro.

Entretenido como estaba en la lectura de aquellos versos mágicos, no notó cómo el agua rugía, cómo la espuma lo agarraba por las piernas y los diablillos y ninfas lo empujaban al espejo de granito de la roca;

cómo el río lo invitaba, entre silbidos, a acompañarlo al mar para cerrar el círculo. Y, cuando ya fue tarde, escuchó, desde lejos, el aullido de un lobo, y la queja de la luna entre los tojos le confirmó el poder absoluto de tantos maleficios.





# El agua del Mar también es agua

Juncal Baeza



Segundo premio de relato corto





El lugar donde uno nace lo marca de por vida y, háganme caso, quien alguna vez les diga lo contrario, es que miente.

La historia que voy a contarles solo demostrará lo que les digo y, después de que la hayan escuchado entera, ustedes tampoco volverán a poner en duda que el alma de uno busca, al final de sus días, morir allí donde sienta que su vida vuelve al inicio, cerrando así el círculo perfecto de la trayectoria humana. Es cierto, créanme, lo fue para Roger Malone y lo será para mí —Dios quiera que dentro de mucho tiempo— y también para cada uno de ustedes que me está escuchando ahora con esa mueca entre la sonrisa y la espera: sí, eso es, exactamente esa.

¿Lo ven? He visto esa expresión en cientos de rostros, en los ojos de todos y cada uno de los hombres a los que les he hablado de Roger. Somos réplicas unos de otros, amigos. No vayan a cometer el error de creerse

genuinos o en modo alguno especiales. Es una pérdida de tiempo, somos idénticos, fragmentos óseos recubiertos de carne y sangre circulando distraída, nada más. Al final del todo somos solamente eso y los músculos de nuestro rostro tiran hacia el mismo lugar cuando abrimos los ojos sorprendidos por algo. Igual en mi que en usted, y que en aquel hombre encorvado de allá al fondo.

Roger Malone nació en un faro, y la última vez que lo vi tenía las piernas colgadas sobre Moher en el suroeste de Irlanda. ¿Conocen aquellos acantilados? ¿Han tenido la inmensa fortuna de verlos con sus propios ojos? Si es así, coincidirán conmigo en que son el paisaje más asombroso y menos humano, a la vez, que verán jamás. Si no, viajen allí, caballeros, antes de morirse. Háganme caso.

Roger rondaría los cincuenta años y apenas ciento cincuenta libras de peso, repartidas en sus brazos y piernas largos y en su rostro desbocado. Desde siempre tuvo la apariencia de un caballo descompuesto por el esfuerzo, como si se hubiera pasado la mitad de su vida corriendo de un lado para otro.

Aquel día se escurría una lluvia delgada y resbalosa —gris como sólo lo es del todo en Irlanda— por encima de sus hombros, y cada gota pegaba un salto diminuto al entrar en contacto con su jersey azul. Roger Malone miraba al horizonte como tratando de distinguir algo muy pequeño al fondo, contra la cortina de nubes enredadas, frunciendo los ojos pálidos como una plancha de hielo.

No me escuchó llegar y detenerme justo a su espalda.

“¿Por qué estás aquí, Roger?”, le dije, metiéndome

las manos enguantadas en los bolsillos y hundiendo la barbilla en los cuellos del impermeable, “porque nací en un faro”, me respondió, y yo me quedé pensando si lograría distinguir el filo puntiagudo del extremo de un mástil, suponiendo que algún barco se dirigiese en ese instante hacia nosotros desde el horizonte, en mitad del vendaval.

Sacudí la cabeza salpicando gotas ínfimas a mi alrededor, para poder seguir hablando, porque la naturaleza de Roger tenía para mí una influencia magnética, es como si me hipnotizase, y siempre, fuesen las que fuesen mis ocupaciones, si por casualidad me topaba con él en la penumbra de un pub..., terminaba haciendo exactamente aquello que estuviera haciendo él. De pronto y sin querer pasaban a importarme sus cosas más que las mías propias. Sabía, por ello, que si no quería terminar frunciendo mis ojos y con las piernas meciéndose sobre las aguas, debía permanecer detrás de él, y concentrarme.

“Y eso qué tiene que ver, Roger, no sigas”. No escuché que dijese nada a eso, pero percibí una vibración muy estrecha en lo alto de su espalda, sobre la curva de sus hombros, como si se hubiera reído un poco. O tal vez el batir de las olas contra las rocas astilladas me impidieron oír sus palabras.

“Vámonos a casa Roger, deja ya la broma, hace frío”. Quise que él me escuchase autoritario y firme, pero me temo que mis palabras tan solo sonaron a opción o incluso a súplica. Por supuesto, Roger no se movió ni un solo milímetro, y siguió mirando, y luego apoyó las manos sobre la hierba empapada, con los codos

perfectamente estirados. Vi el rasgón en el jersey, en el interior del brazo derecho, siguiendo la costura como si fuera una culebra escuálida. Esperé a ver si se levantaba, pero en lugar de eso.

“¿Te he contado alguna vez cómo era el lugar donde nací?”

Me preguntó, y yo volví a decirle “no me jodas Roger, a qué viene esto ahora, por favor”, y luego se me escapó una breve patada contra el suelo, como la protesta inútil de un niño pequeño cuando le obligan a acostarse aunque aún no tenga ningún sueño.

El continuó sin moverse nada, y por un instante pensé en largarme de allí pensando en otra cosa, pero sé que verdaderamente jamás podría haberlo hecho; sé que bajo ningún concepto le habría abandonado allí tan solo, meciéndose sobre las aguas y debajo de toda esa lluvia plateada, pensando en sólo Dios sabe qué disparates y dispuesto a cualquier cosa.

“Nací en la base, ¿me oyes? No en lo alto, como me hubiera gustado de haber podido elegir el lugar exacto, ahí arriba, al cobijo del enorme foco de guía, comprendes. No... nací casi en la tierra, en cambio, al pie de las escaleras, en mitad de una tormenta que parecía un diluvio, de lo abundante y fiera que era la lluvia”.

Asentí, resignado a escuchar y pensando en levantarlo a la fuerza después y arrastrarlo hasta casa, si no quedaba otro remedio. A esas alturas yo ya estaba calado hasta los huesos y sentía húmedas hasta las paredes internas del cráneo y las cuencas de los ojos, pero me ajusté



aún más fuertemente las gomas de la capucha y mascullé un Sí abandonado a la intemperie.

“Estaban solos; mis padres, me refiero, allí solos como dos proscritos escondiéndose, y tuve yo que venir en el peor momento; pude haber muerto, ¿me escuchas?, ¿sabes que lo más sencillo hubiese sido que yo me muriese allí mismo, entre el musgo de las rocas del faro? No lo hice, si aquí me tienes es porque aguanté como un animalito y porque mi padre me sostuvo de los tobillos, boca abajo, y al ver que no lloraba, me sacó fuera del faro, asustado como un león rodeado de escopetas”.

“¿Para qué?”, le pregunté, inmerso en la historia. Roger no cambiada de postura pero hablaba cada vez

más alto, tal vez para hacerse oír por encima del aguacero. Parecía dolorido y tembloroso y, sin embargo, no dejaba de tomar aire e hincharse para continuar hablando. Al fondo, la manta de nubes comenzaba a disiparse y por un instante me alegré pensando que tal vez dejase de llover, como si así las cosas fueran a resultar más sencillas. En Irlanda la promesa de un cielo despejado suele ser simplemente una ilusión, pero en ese momento me parece que me habría creído cualquier cosa. Continuó lloviendo, y Roger dijo.

“Salió del faro mi padre, con los gritos de mi madre golpeándolo en la espalda, y yo seguía sin llorar y él estaba temiendo tener que lanzarme desde allí, desde lo alto, y dejar que se me comieran enterito las olas. Qué otra cosa habría podido hacer. Esto me lo contó mi madre tiempo después, porque lo veía a él allí fuera por entre las junturas de las maderas de la puerta, y también porque lo conocía muy bien y sabía que ese gesto que tenía mi padre en la cara era el de no poder creerse lo que le estaba sucediendo. Dijo que le daba la impresión de verle jugar a la gallinita ciega conmigo sostenido por los pies, lanzando miradas angustiosas y desorientadas hacia todos los lados en medio de esa tormenta de viento y agua”.

Me estremecí y después me senté en el suelo. La hierba encharcada me llenó los bolsillos traseros del pantalón y carraspeé un poco, empujando a Roger a seguir hablando, aunque repentinamente parecía haberse ido muy lejos de Moher. Se detuvo el tiempo unos instantes

mientras recorría con la mirada la espalda huesuda de Roger, con su columna vertebral de pájaro pequeño, y después de un rato continuó hablando.

“Para entonces yo debía parecer más un pez congelado que un recién nacido, pálido y desnudo sostenido así por los pies, hacia abajo, como un racimo de uvas blancas. Mi madre lloraba dentro y se moría de miedo, y mi padre fuera seguía mirando alternativamente, primero a mí y después al cielo, y luego otra vez a mí, como sin comprender, como la primera vez que uno sostiene un instrumento nuevo en las manos y ni siquiera sabe bien cuál es el derecho y cuál el revés, y mucho menos puede hacerlo sonar. Me contó mi padre que creyó ver que los destellos del foco del faro se desvanecían durante demasiados minutos”.

“Eso es imposible”, le interrumpí, y en el instante siguiente ya me había arrepentido: aquella no era mi historia. De hecho, no tenía absolutamente ninguna importancia el que yo estuviera ahí sentado detrás de Roger escuchándole hablar. Podía perfectamente no haberlo estado. Si el padre de Roger decía que los destellos ya no estaban, pues bien, tal vez efectivamente no estuvieran, quizá el motor que hacía girar el foco se atascó un poco y lo dejó mirando hacia el otro lado, como cuando aquí en Irlanda es de noche pero en el otro extremo del mundo ya ha amanecido hace rato.

Fue un alivio descubrir que Roger ni siquiera había prestado atención a mis palabras. Seguía mirándose las puntas de los pies y los bajos del pantalón remangados.



“Mi padre ahí pensó que definitivamente alguien se tenía que haber vuelto completamente loco, el mundo, la vida, o Dios directamente. Siguió meciéndose como un tarado por la costa escarpada, caminando a ratos y apretándome con una mano las piernas, primero, y después la tripa y el hueco de las axilas. Yo estaba muerto, ¿comprendes? En la base del punto más elevado sobre la superficie del mar, no terminé de nacer, me quedé a medio camino como un cobarde, me morí, ¿entiendes? Yo no era nada”.

Alcé la cabeza para mirar a Roger; no terminaba de comprender a qué lugar nos iba a llevar todo aquello, la historia del faro, la lluvia, el acantilado a sus pies, y tampoco es que importase del todo, pero ese fue el primer momento, desde que hube llegado junto a él, en que me sentí asustado. Creía estar formando parte de una escena que se desarrollaba ajena a mí y que, aunque en algún momento me sintiese tentado a intervenir, no me lo permitiría. Ahí debajo de la lluvia, tan sereno, pensé que Roger estaba en peligro. Que mi amigo estaba al borde de un precipicio a la vez real y ficticio. Roger Malone, mi amigo.

En ningún momento tuve intención de retirarme aunque ya me sentía expulsado por la propia historia, por la sucesión lenta y reptante de los minutos y por las sombras que empezábamos a arrojar contra la hierba porque el sol se estaba marchando.

“Estás aquí, Roger, qué estás diciendo... estamos hablando, aquí, juntos”, le dije, y deseé que se volviese a

mirarme y me sonriese un poco con su cara de despiste y el pelo revuelto; que se levantase y al pasar me diese un puñetazo en el hombro y... ese peligro que parecía susurrarme, se desvaneciese muy callado.

“Entonces mi padre de verdad se dio por vencido conmigo, no me agitó más y, dentro de lo malo, no le debía parecer tan feo que se me tragasen las olas, porque se arrimó muy al borde, así como ahora me siento yo aquí mismo, así estaba, ¿me ves? Tan cerca del borde que si daba un pasito pequeño más adelante, un paso así de cortito, mírame, así, se caería dentro de las tripas del mar conmigo en sus manos. Estando así me colocó por encima de las aguas, cabeza abaj, tal y como me traía; y se secaba mientras las lágrimas o la lluvia de la cara y apretaba el puño contra el pantalón como para sacarse algo de dentro. Me iba a dejar caer como un fardo pequeño, como un animal muerto y desnudo, y no habría pasado nada, ese es el problema, ¿me escuchas? Nada habría cambiado lo que ha sido el mundo después. Y entonces fue cuando yo abrí de pronto la boca, una rendija apenas y me puse a gritar”.

No supe qué decir a eso. No le entendía. Seguí mirándole el cuerpo estrecho y los gestos de sus manos.

“Me sacó rápido del abismo, metiéndome en tierra de nuevo con ímpetu, y me apretó contra su cuerpo como si me hubiese recuperado en pleno vuelo de la caída. Se había desfondado, mi padre estaba deshecho como un paracaídas rajado, tenía el interior aliviado y sin fuerzas y casi se arrastró de rodillas dentro del

faro, donde le esperaba mi madre con la misma cara que tendría si se le hubiera parado el corazón en un latido. Ahí empezamos a vivir de verdad, los tres a la vez y juntos, pero yo siempre un poco de prestado, ¿lo ves? Yo ya tenía el espíritu rodando contra las rocas hacia el mar y en el último momento me ataron de nuevo a la orilla y este, me escuchas, este no es mi lugar, nunca lo fue”.

Le insté,

“Está ella, Roger, cómo puedes ser tan egoísta como para no pensar en ella en este momento, cómo consigues soltar esos disparates que te estoy escuchando, teniéndola a ella; no eres justo”.

Me pregunté si tendría algún sentido forzarle a bajar de allí arriba pisoteándole las entrañas, pero no me importaba. Era verdad que estaba ella, en casa, ignorando toda esa sarta de ideas descabelladas y terribles, estaba ella tan tranquila sin saber que todo esto cruzaba su mente y lo arrastraba hasta aquí sin esfuerzo; pero también era verdad que a Roger nunca le había importado lo suficiente, y yo lo sabía.

“Vámonos a casa, Roger”.

Me erguí levemente, inclinando el cuerpo hacia adelante con la intención de levantarme poco a poco, echarle el brazo por encima de los hombros y llevármelo lejos. Era imposible, yo lo sabía, Roger era tozudo como una mula y yo nunca antes había detectado una determinación tan fuerte en los músculos tensos de su cuello, o en sus palabras. Es cierto, Roger era un tipo

extraño, cuando caminaba parecía un buitre con las plumas del cuello revueltas, delgado como un espíritu y extremadamente silencioso. Era callado, se pasaba las tardes pensativo con la mirada extendida hacia el infinito y las pupilas firmes; un cabezota desesperante.

“Tú, no lo entiendes”, me dijo, y siguió hablando, después de sacudir la cabeza un par de veces a ambos lados, como si esa simple idea lo estuviese abatiendo,

“Yo no pertenezco a este lugar. Aquel día, en aquella tormenta, tenían que haberme dejado caer porque yo fui débil y di un susto de muerte a mi padre, y le obligué a aparecerse como un tarado delante de mi madre, le dejé sin recursos y a merced del destino y del viento, y justo cuando se decidió a hacer algo conmigo, lo único que podía, lo más bonito del mundo —entregarme a las aguas, soltarme dentro del mar como un pescado— me revolví de nuevo y le rompí el esquema, y tuvo que abrazarme porque yo no estaba muerto y... escurrirse mis tobillos entre sus dedos ya habría sido impensable. Él quería lanzarme, ¿lo comprendes? Su vida hubiera sido más sencilla y ellos dos hubiesen sido menos pobres, repartiendo lo mismo entre menos personas, y hubiera penado menos por cada torpeza mía, por mis pequeñas inadaptaciones y nerviosismos de crío”.

Silencio.

“Quiso lanzarme”.

Se giró, la única vez en todo ese rato lluvioso por encima de nosotros, y no sé si estaba llorando o no, porque la lluvia se escurría por delante de los crista-

les de las gafas de alambre y parecía estar desnudo y tembloroso, y quizá alguien hubiera dicho que estaba a punto de morir, tan delgado y con esas ojeras tan grandes y tan oscuras. Luego devolvió la vista a las aguas, se apoyó en el suelo y deslizó las piernas un poquito más adelante y las venció sobre el precipicio unos centímetros más.

“Yo sé que quiso hacerlo, no me creerás, lo sé, pero yo en aquel momento era solo un bebé recién nacido, y no sabía nada de la vida, y ni siquiera sabía palpar el aire a mi alrededor, pero lo entendí. Sentí, aquí dentro, ¿me oyes?, justo aquí, en esta parte, recuerdo haber sentido su intención encubierta. Me tenía así, cogido sobre el agua y seguro que se anticipó al momento en que se me escuchó llorar por toda la costa, quizá hice un breve gesto con los labios o se tensaron mis dedos pequeños en un instante. Lo que fuese, algo sucedería, cualquier cosa que el tuvo tiempo de notar, porque yo, despertándome a la vida en ese segundo, supe que estaba vacilando. Fue algo fugaz, como cuando uno siente tentaciones de hacer algo y solo duda un momento, y al momento siguiente sabe que no debería y sigue su camino tal cual; eso hizo, conmigo, con su hijo. Vaciló, noté cómo se aflojaban un poco sus dedos y cómo le temblaba el brazo, y quizá me imaginé su barbilla levemente desencajada y sus ojos cerrados con fuerza y culpabilidad”.

Bajé la cabeza. Se me esfumaron de la mente el puñado de intenciones de disuadirle y sacarlo de allí y devolverle a las calles empedradas y a las voces y a los libros.

“Fue un instante, apenas un fragmento ínfimo de segundo, pero yo lo supe. Y luego, es cierto, lo olvidé, o quise olvidarlo, o tal vez consiguieron que lo apartase de dentro de mí los arrullos de mi madre o el verde de la tierra; pero estaba ahí y, más tarde o más temprano, yo volvería a reconocer entre mis dedos aquella vacilación diminuta, aquella duda ciega. Registraría en mis manos, que son idénticas a las de mi padre, la intención de un nudo deshecho, de una amarra a punto de soltarse, como hizo él, agotado y dolorido, cuando me tenía enredado por los tobillos. Lo supe, ¿entiendes? Después lo recordé perfectamente y volvió a ocupar el espacio de mi mente aquella certeza, y lo cubrió todo, hasta el último rincón de mi existencia”.

Ya no le miraba. Me había expulsado del todo y habría dado exactamente igual que me hubiese ido hace rato. Conseguí entender a Roger como quien acepta algo solo porque quiere a quien lo está diciendo. Encogí las piernas y apoyé un instante la cabeza sobre las rodillas empapadas.

“¿Vas a estar bien, Roger?” le dije mientras me levantaba.

“Mejor que nunca, amigo”. Entonces me puse de pie y me llevé las manos a la parte trasera de los pantalones, para alisarlos, limpiarlos, yo qué sé, o para tratar inútilmente de arrancarles el agua y la humedad de las costuras. Me acerqué a Roger, como a un niño pequeño, y le sacudí la cabeza enredando mis dedos en su pelo gris y revolucionado. Me di la vuelta y eché a andar

nuevamente hacia el camino, y según daba los pasos sobre la hierba encharcada, noté que cada vez llovía más fino y que el sol se filtraba muy débil entre las nubes. Pensé que tal vez escampase durante un rato.

Quién sabe, algunas veces suceden milagros.





# V Certamen Literario del Agua de Emasesa

## Participación

Los datos de participación son los siguientes:

V Certamen Literario: un total de 300 obras (155 cuentos y 145 relatos).

La obras procedentes de fuera de España son en su mayoría de América Latina como ya es habitual, siendo los países con más participación Argentina, México, Venezuela y Colombia. En cuanto a la participación por género destacar un 54% de mujeres frente a un 46% de hombres.

## El Fallo del jurado

El jurado se reunió al objeto de fallar los premios el 10 de junio de 2013. Su veredicto fue el siguiente:

En la modalidad de RELATO CORTO concedió el primer premio al relato titulado “Al dolor de la Luna”. His-

toria ambientada en la Galicia Rural, lluviosa mágica y supersticiosa. Cuenta la historia de una niña cuya madre cree que es meiga por nacer la noche en que muere Cristo. La niña crece y siente una fascinación especial por el bosque, donde tiene lugar el dramático desenlace del relato.

Su autora Elena Marqués de Sevilla es licenciada en Filología Hispánica y trabaja como correctora de textos en el Parlamento de Andalucía. Ha ganado varios premios de relatos, como el Paso del Estrecho 2010, el XV Certamen Literario «San Jorge» de Madrigueras (Albacete) y el V Concurso de Relato Cortos Ciudad de Huesca; y de poesía, como el III Premio del V Certamen «Poemas sin rostro», convocado por Canal Literatura, y el segundo premio del Certamen de Poesía del Ayuntamiento de Herencia. Ha participado en varias antologías y publicado la novela corta “El último discurso del general Santibáñez”.

El segundo premio en la modalidad de relato corto fue para el relato titulado “El agua del Mar también es agua”. Nos cuenta una historia ambientada en la gris y lluviosa Irlanda. La historia de un hombre extraño nacido en un faro junto al acantilado. A la edad de 50 años se sienta al borde del acantilado asustando a un buen amigo que quiere llevarlo de vuelta a casa pues piensa que pueda tirarse al mar. El hombre extraño cuenta a su buen amigo sus pensamientos.

Su autora Juncal Baeza de Madrid es licenciada en Ciencias Ambientales y estudiante de Psicología. Trabaja como Gestor de Proyectos de Cooperación Internacional, y en los últimos años ha obtenido diversos premios y accésit en certámenes literarios nacionales e internacionales. Leer es una de sus aficiones principales, siendo algunos de sus autores favoritos Julian Barnes, J.M. Coetzee, Juan José Millás o Javier Marías.

En la modalidad de CUENTO INFANTIL el jurado otorgo el primer premio al cuanto titulado “Solo cuatro gotas de agua” en el cual Doña Aurorita como protagonista nos relata la de cosas importantes que se realizan gracias a cuatro gotas de lluvia.

Su autora Amalia Cía Abascal de Pamplona (Navarra), veterinaria de profesión pero aficionada desde pequeña a la escritura. Hace 4-5 años empezó a escribir cuentos para niños y ha obtenido varios premios literarios. En octubre publica su primera novela infantil con la editorial Edelvives: Nada o qué tienen en común un mago y un aprendiz de cartero.

El segundo premio fue otorgado al cuento titulado “El viaje multicolor de Tomasso Benvenuto”, donde se nos cuenta la historia de un gigante glotón y poeta que vivía en Sicilia. Comienza un viaje pasa por los Alpes y termina en Venecia.

Su autora Nieves Pulido de Madrid, escribe poesía y narrativa breve. Ha publicado un libro de poemas que se llama Grandes éxitos (Diputación de Soria, 2011) y que resultó galardonado con el Premio Gerardo Diego 2010. Ha participado en numerosos recitales de poesía organizados en cafés, teatros y librerías de Madrid. Una muestra de su trabajo está publicada en la revista digital de poesía ConVersos. Actualmente imparte un taller de narrativa para mujeres y escribe su segundo libro de poemas.



## El jurado del V Certamen Literario del Agua de Emasesa

Presidente del Jurado:

Jesús Maza Burgos, Consejero Delegado de Emasesa

Componentes del Jurado:

**Antonio Rivero Taravillo** (Melilla 1963) escritor, traductor, ensayista y poeta español. Reside desde 1964 en Sevilla, donde ha desarrollado toda su carrera literaria. Ha sido director de la Casa del Libro en Sevilla, y de las revistas Mercurio y El Libro Andaluz. Entre otros ha recibido el Premio Andaluz a la Traducción, el Premio Archivo Hispalense, En 2011 recibió el Premio Feria del Libro de Sevilla, también posee el Premio Comillas de Biografía y recientemente ha recibido el Premio al Mejor ensayo publicado en 2011 del blog de crítica literaria “estado crítico”, por su segunda entrega de la biografía de Luis Cernuda.

**José Luis Rodríguez del Corral** es un escritor, librero y filólogo español (Morón de la Frontera, Sevilla 1959). es escritor, librero y filólogo, ganador del XXV Premio La Sonrisa Vertical con su primera novela “Llámalo deseo”.

En 2005 publicó “La Cólera de Atila”, novela que recrea la época terrible y fabulosa en que empezó a configurarse Europa. En 2011 obtuvo el prestigioso premio Café Gijón por su novela Blues de Trafalgar.

**Rosa Díaz**, poeta y escritora sevillana (Sevilla 1946) poeta y escritora sevillana Vocal por Sevilla de la Asociación Colegial de Escritores de España, miembro de la Asociación de Críticos Andaluces “Críticos del Sur”, Entre otros ha obtenido los siguientes premios: “José M<sup>a</sup> Morón 1983”, “Barro 1984”, “Ciudad de Alcalá de Guadaíra 1986”, “Ruta de la Plata 1986”, “Ciudad de Alcalá de Henares” 1987”, “Miguel Hernández” 1992. Aljabi-be” 2000””Ciudad de Jaén” 2003. La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, le ha concedido la Medalla de Oro de Don Luis de Góngora y Argote. En la próxima edición de la revista de literatura Zurgay, le dedican un amplio estudio a su poesía firmado por eminentes escritores. Este año 2013 será la pregonera de la Velá de Santa Ana.

**Eduardo Jordá** (Palma de Mallorca 1956) escritor y poeta palmense. Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Palma de Mallorca. Tras viajar por diversos países del mundo se afincó en Sevilla en 1989, colabora activamente con diversos periódicos. Es autor de poemas, novelas, traducciones y libros de viajes. Entre otros ha obtenido el III premio Málaga de novela de

2007, el XIV premio Viña Alta Río-Café Bretón de 2008, el IV premio de poesía Renacimiento de 2000 y el III premio Ateneo de Sevilla de poesía de 2005.

**Rafael de Cózar Sievert**, Poeta, pintor y narrador español (Tetuán, 1951). Es Doctor en Filología hispánica, y Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Sevilla. Ha obtenido entre otros los siguientes premios: Finalista del premio “Guernica” de novela (Madrid, año 1979), Mención especial del Premio “Elisee” de novela manuscrita, Sevilla, 1981, Finalista de los premios de poesía “Ricardo Molina” de Córdoba y “Rafael Montesinos” de Sevilla. Premio extraordinario de doctorado de la Universidad de Sevilla (1985). Premio “Ciudad de Sevilla” para Tesis doctorales, 1986, Premio “MARIO VARGAS LLOSA” de novela.





## Acto de entrega de premios

El 20 de junio se celebró el acto de entrega de premios del V Certamen Literario del Agua en el salón de actos de la sede central de EMASESA, en C/ Escuela Pías 1, Sevilla. El acto contó con la presencia de miembros del jurado y de las ganadoras de los premios.



Nieves Pulido recoge el 2º premio en la categoría de Cuento Infantil por su cuento *El Viaje Multicolor de Tomasso Benvenuto* de manos de Francisco García Rivero Secretario General de EMASESA.

Abrió el acto el Consejero Delegado de EMASESA Jesús Maza Burgos, y sucesivamente fueron interviniendo en el mismo diferentes colaboradores.

Andrés Nadal en calidad de asesor Literario del certamen que expuso los datos más relevantes en cuanto a la participación. Destacar la cantidad de obras procedentes de América Latina destacando Argentina con 19 obras, México con 10, Venezuela 8 y Colombia con 6.



Elena Marqués ganadora del primer premio en la modalidad de relato corto por el relato titulado *Al Dolor de la Luna*.

Rosa Díaz en calidad de portavoz del jurado argumentó el fallo del mismo y nos ilustró con una intervención donde destacó la importancia de estos certámenes para impulsar la creatividad literaria.





# Índice

- 9 Prólogo
- 13 **Primer premio cuento infantil**  
Solo cuatro gotas de agua
- 25 **Segundo premio cuento infantil**  
El viaje multicolor de Tomasso Benvenuto
- 37 **Primer premio de relato corto**  
Al dolor de la Luna
- 49 **Segundo premio de relato corto**  
El agua del Mar también es agua
- 67 **V Certamen Literario del Agua de Emasesa**  
– Participación  
– El fallo del jurado  
– El jurado del IV Certamen Literario  
del Agua de Emasesa  
– Acto de entrega de premios



La publicación que tiene en sus manos nos presenta las obras ganadoras del V Certamen Literario del Agua. El certamen de carácter anual tiene como objetivo difundir la idea de la importancia del agua para la vida especialmente en este año que conmemoramos el 50 aniversario de la inauguración de la Estación de Tratamiento de Agua Potable “ETAP El Carambollo” y los 40 años de la creación de EMASESA como sociedad anónima municipal.

Se trata de dos relatos cortos y dos cuentos infantiles que tiene el agua como hilo conductor de sus historias y que conforma el V volumen de la Colección de cuentos infantiles y relatos cortos sobre el agua de EMASESA.

